

MAF: la supremacía de la amistad

Sergio Raúl Arroyo*

Agradezco a Salvador Rueda la invitación para redactar unas líneas sobre Miguel Ángel Fernández y permitirme algo que no pude hacer en el acto en su memoria, celebrado el 18 de julio de 2022 en el Museo Nacional de Antropología. Gracias por esta señal de amistad. Lo que pudiera ser en un acto de mezquindad u omisión deliberada por parte de la *logística*, encontrará un contrapeso en esta breve nota de admiración para un amigo formidable, alguien con quien durante casi treinta años compartí pasajes de todo tipo, en su mayor parte luminosos.

TRES RELATOS SIN MORALEJA

Mi relación con Miguel Ángel Fernández data de 1993 cuando, siendo yo subdirector de Investigación de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), fui al viejo edificio de la Alhóndiga, en La Merced —entonces sede de la Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones—, a solicitarle apoyo para montar una pequeña exposición en el *lobby* escolar. Lo primero que me preguntó Miguel fue cómo había llegado sano y salvo a ese lugar amenazado todos los días por asaltantes y policías.

Con una sonrisa penetrante que se repitió a lo largo del tiempo, consideró que mi valor para realizar esa travesía era digno de una Coca-Cola, la que pidió de inmediato a una asistente. Ya entrado en materia, me propuso perfilar una muestra apropiada para el modesto espacio de exhibición de la escuela que, con apuros, yo intentaba describirle, aconsejándome utilizar la colección de cestería india del sur de Estados Unidos, radicada en el Museo de las Culturas. Así lo hice. No lo imaginaba, pero después de esa charla, vendrían numerosos capítulos que sortearíamos juntos.

Otro encuentro memorable se dio a mediados de 1997, después de mi paso laboral por la ENAH y la dirección de la Fototeca Nacional, cuando yo ocupaba el cargo de secretario Técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Un par de años antes, Miguel me había apoyado en la reestructuración del pequeño Museo de la Fotografía albergado en la fototeca, indispensable para la difusión de los materiales allí depositados.

En ese verano de los días finales del siglo XX, Miguel había enfrentado una feroz acometida laboral que había dejado a su paso numerosos carteles, algunos de ellos personalizados y, sin duda, agresivos. Según yo, esas cartulinas carga-



El Profesor Miguel Ángel Fernández y el etnólogo Sergio Raúl Arroyo, frente a Palacio Nacional.

das de frases esperpénticas, habían causado abolladuras en su ánimo. Junto con una asistente de la coordinación, la mañana de ese día me di a la tarea de quitar los carteles con tonos ofensivos. Una vez que tuve en mis manos el legajo con los vituperios, Miguel Ángel me invitó a pasar a su oficina. Le pregunté cómo se sentía; me contestó que de ese episodio, lo único que realmente le preocupaba era el asalto a la sintaxis visible en los carteles. Volvió a su rostro la sonrisa indeclinable, ese gesto paralelo de niño y diablo. En unos minutos tuve a la vista la irremplazable Coca-Cola, al lado de un montoncito de galletas. Desde ese momento, el camino de nuestra amistad jamás se vio interrumpido, no obstante la difícil topografía institucional que con frecuencia transitamos.

En 2005, siendo ya director general del INAH, viajamos juntos a Bilbao, para inaugurar la exposición *Aztecas* en el Museo Guggenheim. Al segundo día, durante una noche primaveral, poco tiempo antes de la ceremonia, la titular del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, sin mayor reparo me pidió no intervenir en el acto protocolario. En concreto, que yo no leyera mi discurso ya programado, dando marcha a una tradición que prevaleció entre algunos titulares de aquel organismo, la que consistía en borrar al INAH del protocolo para que, en exclusiva, la imagen de mayor jerarquía —más fabulación que hecho práctico— se apropiara de la marquesina, a pesar de que las colecciones provenían en su totalidad del instituto que yo representaba y de que



Exposición temporal *España medieval y el legado de Occidente*, MNH y MNA, 2005.



Exposición temporal *España medieval y el legado de Occidente*, MNH y MNA, 2005.

la curaduría había sido realizada por Felipe Solís y Eduardo Matos, dos figuras de nuestra institución.

Desde luego, ni Miguel Ángel Fernández ni yo aceptamos el despropósito. Acotados de ese modo, una vez revisada y aprobada la muestra a inaugurarse, en lugar de participar en la ceremonia en condición de invitados de piedra, preferimos vagar en esmoquin toda la madrugada por las fantásticas calles de Bilbao y confirmar los rasgos de la ciudad que, según nosotros, definía de manera concentrada al mundo vasco. La caminata surrealista, en la cual también participó Elvira Báez, terminó con las luces del amanecer, a pesar de que Miguel, emparentándose con Marcel Proust, se apegaba a la divisa: “Mucho tiempo llevo acostándome temprano”.

Guardo un recuerdo especial de ese momento, sobre todo por lo que me significó el gesto de solidaridad excepcional. Esa noche no hubo Coca-Cola ni galletas, pero sí una entrañable cena entre amigos en un modesto restaurante de barrio. En la actualidad, la escena ha adquirido en mi memoria una extraña luz, aquella que viene del fondo de los tiempos, como garantía de que la soledad nunca es absoluta. El infiernillo ridículo de los siguientes días carece de interés; tanto Miguel Ángel como yo lo percibimos como una anécdota más del oscurantismo.

IMAGINAR EL MUNDO

Con especial afecto guardo un libro que Miguel Ángel me regaló, el que me pidió leyera de inmediato, porque representaba en cierta forma una proyección de su imaginario personal, al cual definió como su “parcela de mundo” (entiéndase un enorme territorio sin demasiadas fronteras, que tenía como eje un horizonte enciclopédico, lleno de acontecimientos y personajes, una *comedia humana* que abría puertas y ventanas al orbe museístico), en la cual respiraban a todo pulmón ideas que debía poner en marcha en el despliegue de su profesión, siempre bandera en alto, enfatizando con sencillez el carácter civilizatorio del texto.

Miguel Ángel había transitado por los *Momentos estelares de la humanidad. Catorce miniaturas históricas*, de Stefan Zweig, como quien observa con atención penetrante una lección de vida inserta en alguna sala de museo, una experiencia bibliográfica en la que halló curiosidades y compartimientos ligados tanto al sujeto individual como a la extensa red de vínculos comunitarios. Los *Momentos...* es una bella saga que reconoce la alianza histórica entre el observador y el aventurero, entre la serenidad bucólica y la épica, una historia de reconciliación entre los distintos polos que nos ofrece la realidad, permitiendo ver el entramado continuo entre la introspección microscópica y el inmenso observatorio de la telescopía.

De acuerdo con el propio Miguel, en ese libro se podía visitar el ocaso y nacimiento de imperios, al mismo tiempo

atestiguar los pequeños fragmentos con que se disemina la subjetividad transformadora como motor terapéutico y escudo contra la masificación, tan profusamente utilizada por la política. El libro conforma una conjunción de epopeyas que conectan y definen la condición humana, dejando a la vista un acucioso horizonte cultural en el que descansa tanto el arte de la miniatura como la síntesis histórica, ese relámpago mental que hace posible la existencia de la museología.

Fiel a su inclinación por el empleo de recursos mínimos y narrativas breves, esa obra le había permitido levantar un extenso arco temporal y temático relativo a las creaciones humanas, una línea transversal que unía lo épico con lo elegiaco, estableciendo en la mente del museógrafo una fantástica trama de representaciones. Allí estaban la caída de Constantinopla, el regreso a Rusia de Lenin en 1917, el indulto de última hora a Dostoyevski, Vasco Núñez de Balboa y los cambios en la imaginación geográfica y mitológica de Occidente. La hazaña personal y la travesía humana podían situarse allí. Sin aspirar al saber indubitable ni caer en los terrenos de una corrección política ampulosa, de forma condensada Miguel me mostró una de las más bellas rutas de su fragua intelectual. Miguel Ángel Fernández, con sus particularidades y maneras profesoras, fue un hombre de su tiempo, supo pasar del simple cosmopolitismo a la universalidad.

Estar al lado de él era situarse de inmediato en estado de emergencia, el apremio era el estatus que definía la norma de su vida cotidiana. Pero sería un error etiquetarlo sólo como museógrafo. Me parece que su lugar está entre los pensadores del museo como instrumento útil para reconocer el carácter heterogéneo de la especie humana. Miguel Ángel Fernández abordó el sentido del museo, sus múltiples significados, apuntalando sus ámbitos académicos y políticos, poniendo entre ellos vasos comunicantes que los hacían inteligibles, acentuando su representación en la modernidad y sus conexiones con la educación, así como con el tejido social del país en que vivía.

Siendo uno de los mayores exponentes de su oficio, encontró en sus habilidades profesionales las herramientas para sobrevivir a la política; creyente de la inteligencia, desarrolló la destreza infrecuente, pero necesaria, para ponerse fuera del ubicuo negocio de la sumisión. Tuvo una invariable lealtad hacia las instituciones que le dieron trabajo, pero fue fiel a sí mismo; nunca subyugó sus propósitos ante los cadalsos o amagos autoritarios provenientes de la cultura administrada.

Consciente de los numerosos adefesios puestos en nuestra historia, a nombre de las múltiples efervescencias nacionalistas, sin elogios cosméticos, dejó de lado el ego de las burocracias para prescindir en su trabajo de la estatuaría dócil y el monumentalismo oportunista, plantado con frecuencia por las obsesiones gubernamentales. Con Miguel Ángel



Exposición temporal *España medieval y el legado de Occidente*, MNH y MNA, 2005.



Exposición temporal *España medieval y el legado de Occidente*, MNH y MNA 2005.



Exposición temporal *Mausoleo de los héroes patrios*, Palacio Nacional, 2010.



Exposición temporal *México 200 años: la patria en construcción*. Palacio Nacional, 2010.

Fernández aprendí a desconfiar, entre otras cosas, de la izquierda que se acuesta demócrata y amanece estalinista.

TRES EXPOSICIONES, UN MUSEO

De mi historia profesional al lado de Miguel, sólo mencionaré brevemente cuatro proyectos que me parecen emblemáticos, tanto por sus contenidos como por sus irradiaciones en el momento social en que se desarrollaron. Junto con José Enrique Ortiz Lanz, entre 1999 y 2005, tuve el irrenunciable placer de materializar tres de las más complejas y exitosas muestras en la historia de los museos y exposiciones de nuestro país.

Elogio del cuerpo o *Cuerpo y cosmos*, exhibida inauguralmente en La Pedrera-Casa Milà, el edificio diseñado por Antoni Gaudí en Barcelona, fue un proyecto en el cual pudieron desplegarse diversas concepciones cosmogónicas de la corporalidad en las sociedades prehispanicas inmersas en un tronco religioso común, pero diferenciadas por sus patrones morfológicos. Contra las visiones higiénicas del pasado prehispanico, las representaciones relativas a la salud y la enfermedad, a la *physis* ritual, al mapa cósmico inscrito en la dimensión corporal y la sexualidad, fueron una respuesta institucional a las miradas atávicas que permeaban la política de aquellos y otros años.

El trabajo curatorial, que compartí con Enrique Serrano, descansó en buena medida en la capacidad de concertación, así como en la visión museográfica de Miguel, quien hizo de la exposición un modelo respecto de las posibilidades de convertir al orbe prehispanico en una experiencia contemporánea. La presentación de la muestra en el Fórum Universal de las Culturas de la Ciudad Condal, la ubicó entre las dos exhibiciones más visitadas.

El expediente de las reseñas y críticas es uno de los más notables que conozca el INAH, en el cual aparecen los nombres de Eduardo Subirats, Alfredo López Austin, David Huerta, Fernando Savater, Jorge Juanes, Felipe Ehrenberg, Alberto Ruy Sánchez, etcétera. La muestra se presentó después en Bruselas, con el apoyo de la representación mexicana en la Comunidad Europea y más tarde inauguró el Centro Cultural La Moneda, en Santiago de Chile. En la conformación del proyecto, la huella de Miguel es indeleble.

Faraón: el culto al Sol en el antiguo Egipto, presentada en la Sala de Exposiciones Temporales del Museo Nacional de Antropología (MNA), es la exposición con mayor cantidad de visitantes en México, boleto pagado; así lo atestiguan las imágenes de las kilométricas filas de personas. Aunque sus propuestas siguieron sistemáticamente la primera línea, en lo relativo a relacionarse con los recintos más importantes del planeta, Miguel Ángel Fernández nunca operó en función de las posibilidades de éxito comercial o del oportunismo complaciente del funcionario en turno, sino en la

coherencia intrínseca de los proyectos, en su rigor y trama discursiva.

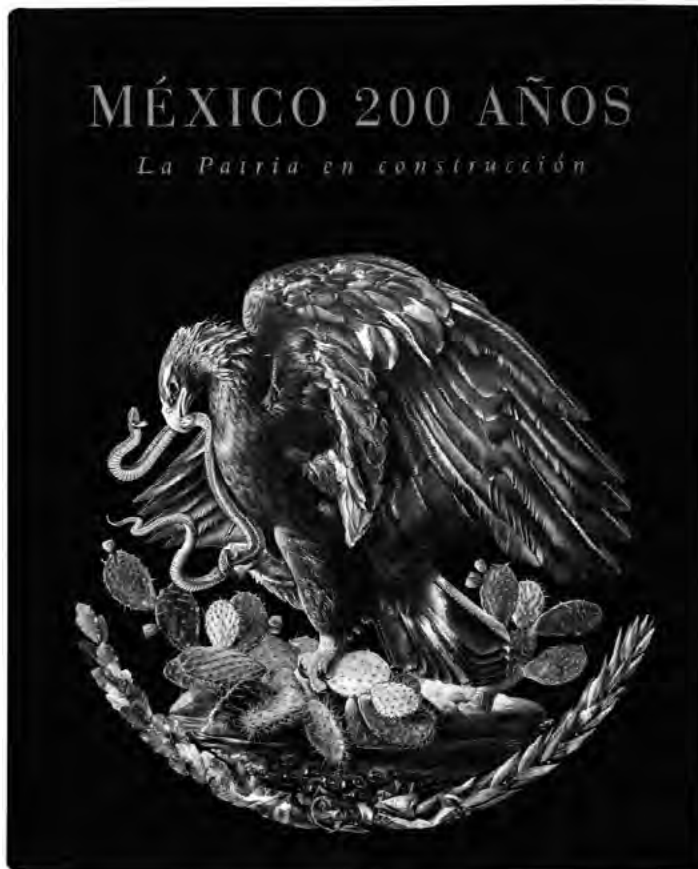
Faraón fue una muestra que pudo haberse perdido a no ser por la persistencia, la intuición y la imaginación de Miguel, por su conocimiento del museo y su público. Descreyendo de las excentricidades y el esoterismo, procuró que en la exposición, como en tantas otras, prevaleciera la pedagogía y no el adoctrinamiento o el sensacionalismo. Lo que inicialmente surgió como un intercambio desequilibrado entre Alemania y México, Miguel Ángel lo transformó en una apuesta sensata, plenamente integrada a un proyecto transversal: *Civilizaciones del mundo*, pero su trabajo creativo no acababa con la inauguración de una exposición, continuaba con el dibujo sistemático de aquello que daba sentido a los materiales contenidos en una muestra, abarcando una constelación de historias y propuestas educativas en las cuales jamás estuvo cerrada la diversidad de interpretaciones.

España medieval y el legado de Occidente, por su enorme y espectacular dimensión histórico-artística, se exhibió en los museos nacionales de Historia y de Antropología. Miguel consiguió que se contara con obras magníficas del Museo Nacional del Prado, la Catedral de Toledo, el Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, etcétera. Desde un primer momento, canceló cualquier intento por disparar al visitante mensajes preestablecidos al servicio del chovinismo, cerrando el paso a cualquier narrativa impuesta por la verticalidad o la veneración oficialista.

Sin temor a los retos que implican los diálogos multiculturales, Miguel, a través de esta muestra, nos propuso entender el sentido de la historia como un trazo interminable de puentes, entre los que no estaba ausente la tragedia ni la sangre, pero nos advirtió de no emplear sus frágiles hilos históricos para hacer ajustes de cuentas plagados de tonos bravucones, eco de una incomprensión consuetudinaria, sino reconvertirlos en elementos de un proceso sumamente complejo, cargado de sincretismo e interrelaciones a las que no somos ajenos. Imaginó al mestizaje como un factor que construye y enriquece la diversidad del pensamiento, no como un polo en eterna oposición ontológica.

El Apartado Museo/Laboratorio fue un proyecto iniciado por Rafael Tovar, el primer titular de la Secretaría de Cultura (SC), con el objetivo de desarrollar una propuesta no sólo interdisciplinaria, sino polifuncional, sobre los diferentes ámbitos, prácticas y versiones correspondientes a diversos fenómenos culturales de México. Miguel Ángel Fernández, junto con Alejandro García, estuvo a cargo de la museografía del proyecto, la cual albergaba varias disciplinas provenientes de las ciencias *duras* y las humanidades.

Centrado en estudios de caso precisos, se intentaría desmontar las interpretaciones compartimentadas y exclusivistas, generalmente dirigidas a un visitante con pocas



Portada del catálogo de la exposición temporal *México 200 años: la patria en construcción*, 2010.



Exposición temporal *México 200 años: la patria en construcción*, Palacio Nacional, 2010.

exigencias y débil perfil crítico, intentando resquebrajar las fronteras montadas para abordar los procesos culturales y tratar de trasminar visiones rígidas, más propias de la mentalidad gremial que de la reflexión independiente.

La Casa del Marqués del Apartado fue el lugar señalado como sede, una vez tomados los acuerdos correspondientes entre las autoridades del INAH y la SC entre 2016 y 2017. En la segunda mitad de 2018, el proyecto vio detenida su conclusión cuando se determinó, por parte de las autoridades de la SC (sin hacer explícitas las razones), que no se concluirían las obras de adaptación del edificio, a cargo de la Dirección General de Sitios y Monumentos del Patrimonio Cultural, dependiente de la propia secretaría.

Inexplicablemente, confundiendo la labor de la Asociación Civil Puerto Cultura (encargada de los aspectos museológicos, que habían sido entregados de manera íntegra desde 2018, con las accidentadas obras de acondicionamiento a cargo de la propia dependencia federal), el proyecto entró en una de las capas superiores de la enmarañada estratósfera administrativa. Las anécdotas que acompañan este episodio compartido con Miguel son parte de una pesadilla autóctona.

Basten dos perlas para dar cuenta del entuerto. Una flamante subsecretaria, invadida por tonalidades soviéticas y un repentino ardor justiciero, comentaba con seguridad alarmante que no se había desarrollado “licitación pública o concurso para la ampliación de una ventana arqueológica”. No obstante haberse realizado ese trámite con todo rigor, como se demostró documentalmente, con la participación del Programa de Arqueología Urbana del INAH. Sin duda, esa observación, digna de ser preservada en un memorial de agravios, debe pasar a los anales del desconocimiento institucional.

Además, está el infaltable fiscalizador quien afirmaba, sin reparar en contradicciones, que no se habían realizado los trabajos de dicha ventana, la cual, de acuerdo con su propia concepción arqueológico-arquitectónica, debía situarse como mirador del Templo Mayor, es decir, constituir un vano sobre la fachada principal del edificio diseñado por Manuel Tolsá y Silvestre Pérez, sorprendiéndose de que ésta ya estaba terminada en el patio principal, a ras del suelo. Negligencia, arbitrariedad o ignorancia pura y llana oscurecieron nuestro último proyecto conjunto. Quizá, con un dejo de ingenuidad, pienso que no lo lograron plenamente. Por lo pronto, en éste y los demás proyectos en los cuales trabajamos unidos, sin variación alguna, se honraron los recursos públicos asignados al rubro museológico.

En buena medida, se debe a Miguel Ángel Fernández la acreditación de la coautoría de Silvestre Pérez en el proyecto arquitectónico de finales del siglo XVIII. El compromiso personal de Miguel no sólo abarcaba, junto con el equipo

de especialistas, la investigación y definición de los elementos que compondrían la cobertura expositiva, sino también la realización de un segmento central de la primera muestra a exhibirse. Se ocupó de la investigación inherente a la familia Fagoaga, que encargó la construcción del edificio en los últimos años del período novohispano; revisó las actividades económicas y sociales del sitio y, por supuesto, desprendió para el presente sus implicaciones arquitectónicas, facetas que iban más allá de la mera responsabilidad contractual. El sentido holístico de su trabajo, puesto en una atmósfera colectiva, marcó las ideas y propósitos de cada uno de quienes participamos en lo que pretendió ser un museo-laboratorio, del cual, con mediana comprensión, más temprano que tarde se empezarán a generarse buenas y malas réplicas. Nada nuevo.

BREVE EVOCACIÓN

Con Miguel viene a mi mente la luz de los patios prehispánicos, el intersticio humano que dejan el mar y el cielo para celebrar la memoria. Hay algo de él inscrito en la historia de la nao que viaja a China, en los viejos guerreros de Xi'an, en los vestigios egipcios o mayas, a la vez distantes y cercanos de nuestro turbulento presente. Su recuerdo mantiene viva la interminable saga de la experiencia común. Fue muy sencillo compartir con Miguel Ángel el culto al sol en alguna de las extrañas riberas de la imaginación museológica. Relatos imborrables cimentados en el humor negro que parte del escepticismo, hasta alcanzar un paradójico pesimismo festivo que siempre se topa con la clave de una sonrisa.

Me niego a poner coronas de flores muertas sobre cualquiera de sus imágenes y recuerdos, me niego a participar de una retórica amable y azucarada, como exige el protocolo de los peores políticos y políticas, a manera de estrategia discursiva para ocultar el desconocimiento que se tiene de él y de sus proyectos, como es el caso de las galerías que formó, siendo curador de Palacio Nacional, desaparecidas por obra de una autoridad que se autoconcibe como la única fuente de verdad.

No es fácil lidiar con su ausencia. Dejando de lado cualquier indicio de falsa poesía, sólo pido, con la humildad que me es posible, se me permita tener el desparpajo y la arrogancia de decir que conviví con el amigo entrañable y, no pocas veces, fui su hermano. **GM**

*Director General del INAH (1999 a 2005 y 2012 a 2013); director General del Centro Cultural Universitario Tlatelolco-UNAM (2006 a 2012); escritor y curador independiente.